



# DALVA

## JIM HARRISON

TRADUCCIÓN DE ESTHER CRUZ SANTAELLA



errata naturae

«Amábamos la tierra,  
pero no podíamos quedarnos».  
Proverbio antiguo

PRIMERA EDICIÓN: marzo de 2018

TÍTULO ORIGINAL: *Dalva*

© Jim Harrison

All rights reserved including the right of reproduction in whole or in part in any form. This edition published by arrangement with Dutton, an imprint of Penguin Publishing Group, a division of Penguin Random House LLC.

© de la traducción, Esther Cruz Santaella, 2018

© Errata naturae editores, 2018

C/ Doctor Fourquet 11

28012 Madrid

[info@erratanaturae.com](mailto:info@erratanaturae.com)

[www.erratanaturae.com](http://www.erratanaturae.com)

ISBN: 978-84-16544-61-5

DEPÓSITO LEGAL: M-339-2018

CÓDIGO BIC: FA

IMAGEN DE CUBIERTA: Amy Neunsinger / Getty Images

MAQUETACIÓN: A. S.

IMPRESIÓN: Kadmos

IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Los editores autorizan la reproducción de este libro, de manera total o parcial, siempre y cuando se destine a un uso personal y no comercial.

LIBRO I  
DALVA

DALVA

7 DE ABRIL DE 1986, SANTA MÓNICA  
CUATRO DE LA MADRUGADA

Ha sido hoy —más bien ayer, creo— cuando me ha dicho que era importante no aceptar la vida como una inmediatez descarnada. Le he respondido que en este barrio la gente no habla así. La mosca que está volando ahora a mi alrededor en la oscuridad son todas las moscas que han volado a mi alrededor. Estoy en el sofá, y cuando me he despertado he creído oír voces junto al río, un ramal del río Niobrara en el que me bautizaron junto a mi hermana con un vestido blanco. Un niño gritó: «¡Serpiente de agua!» y el pastor dijo: «Sal de aquí, serpiente, yo te lo ordeno», y todos nos echamos a reír. La serpiente se dejó llevar por la corriente y empezaron los cantos. Por aquí no hay ríos. Al encender la lámpara de encima del sofá veo que él tampoco está aquí. Oigo un coche rechinar en la carretera de la costa, a pesar de las horas. Siempre hay coches. A la niña del traje de baño verde la golpearon siete veces antes de que el último coche la lanzara a la cuneta. La autopsia determinó sobredosis por revuelto californiano (es decir, mezcla de heroína y coca). El bañador tenía el color del trigo en invierno, según yo lo recuerdo, un verde casi artificial cuando se derretía la nieve. Qué preciosidad tener otro color sobre la tierra aparte de la hierba marrón, la nieve blanca y los árboles negros. Ahora, entre los coches, oigo el océano y la

brisa levanta las cortinas de color azul pálido con un aroma a mar, igual que mi piel. Estoy bastante feliz, aunque a lo mejor tengo que mudarme después de todos estos años; siete, en concreto. Tengo una abrasión, casi una leve quemadura, de su bigote en el muslo. Me preguntó si quería que se afeitara el bigote y le dije que estaría perdido sin él. En parte se enfadó, como si su vanidad dependiese únicamente de algo tan frágil como un bigote. Por supuesto no estaba escuchando lo que le decía, sino todas las resonancias imaginadas de lo que le decía. Cuando me reí se enfadó aún más y empezó a marchar con paso muy dramático por la habitación, con los calzoncillos cortos que le quedaban holgados por detrás. En cierto modo era una situación agradable y graciosa, pero cuando trató de agarrarme por los hombros y zarandearme le dije que se volviera a su hotel y se retorciese él solo delante del espejo hasta que sintiera que de verdad quería estar conmigo otra vez. Así que se marchó.

Se me ocurrió escribir esto para mi hijo por si nunca llego a verlo; en caso de que me pase algo, lo que haya escrito aquí le hablará de su madre. Mi amigo de anoche me dijo: *¿Y si no es alguien que merezca la pena el esfuerzo?* Eso no se me había ocurrido. No sé dónde está y nunca lo he visto, salvo un instante después de nacer. No puedo ir a buscarlo porque no estoy segura de que sepa que existo. Quizá sus padres adoptivos nunca le hayan dicho que era adoptado. Todo esto es menos una cuestión sentimental que un problema por la falta de conclusión, un anhelo por conocer a alguien a quien no tengo el derecho particular de conocer. Pero conocer a este hijo ultimaría la libertad que los hombres de mi círculo parecen

considerar un derecho natural. Y aparte de eso, ¿estará buscándome mi hijo? A lo mejor.

Me llamo Dalva. Es un nombre extraño para alguien de la parte alta del Medio Oeste, pero la explicación es sencilla. El hermano mayor de mi padre fue víctima de las revistas de naturaleza y aventura, de cuando en cuando fue marino mercante, buscador de oro y metales preciosos y, finalmente, geólogo. En los últimos tiempos de la Gran Depresión, Paul estuvo en algún lugar del interior de Brasil desde donde, tras despilfarrar la mayoría de sus ganancias en Río, regresó a la granja con algunos regalos, entre los que había un disco de 78 rpm de sambas de la época. Una de ellas —en portugués, claro— era «Estrella Dalva», o «estrella de la mañana», y a mis padres les encantaba. Naomi, mi madre, me contó que, durante las tardes calurosas del verano, mi padre y ella ponían el disco en el gramófono y bailaban por el gran porche delantero. Mi tío Paul les había enseñado lo que él decía que era la samba antes de volver a desaparecer.

Desde hace poco pienso que a un hombre sólo se le puede conocer en función de sus intenciones. Cuando mi padre y mi madre se conocieron y se enovieron en los años treinta, las intenciones estaban claras: los dos pertenecían a familias de granjeros de cuarta generación y el objetivo era casarse y continuar con las tradiciones que habían hecho razonablemente felices a sus antecesores. Eso no quiere decir que fuesen gente simplona, siempre ataviada con petos y vestidos confeccionados con las telas a cuadros de los sacos de harina. Tenían varios miles de hectáreas de maíz y trigo, reses hereford, cerdos, e incluso un pequeño matadero que en un

tiempo suministró ternera de primera calidad a ciertos restaurantes de las lejanas Chicago, Saint Louis y Kansas City. En los cuadernos de recuerdos que mi madre ha guardado hay registros de sus viajes a Chicago, Nueva Orleans, Miami y, en una ocasión, a Nueva York, su ciudad favorita. Hay una foto de la Segunda Guerra Mundial en la que aparece mi padre —que estuvo destinado en Inglaterra como piloto de combate— junto a tres caballeros delante del Registro de Hereford, en Hereford, Inglaterra. Mi padre lleva un sombrero con garbo, y la foto se parece a las primeras imágenes del famoso aviador Howard Hughes. Como diría, o soltaría, Naomi: «Ya le dará la vena por otra cosa», y le dio por los aeroplanos. Para la Guerra de Corea no lo llamaron a filas, sino que volvió a alistarse porque quería aprender a pilotar un caza. Así pues, conocí a mi padre entre los cinco y los nueve años, y aún no he agotado los recuerdos de ese tiempo. Beryl Markham, también aviadora, contaba que cuando paró en Túnez de regreso a Europa en su avioneta conoció a una prostituta que quería marcharse a casa, pero no sabía dónde estaba su casa porque la habían separado de sus padres con siete años. Sólo sabía que en su tierra natal había árboles altos y a veces hacía frío.

De todos modos, no soy una persona que viva o sobreviva gracias a los recuerdos; los trato como hace la mayoría: vemos el pasado y el futuro como un espacio o nódulo encapsulado en el que entramos, y del que luego salimos, más que como el continuo vital que ya hemos vivido y que vamos a vivir. ¿Qué era en realidad mi padre? Los genes suministran la más frágil de las continuidades.

En la granja teníamos una avioneta Stinson Voyager. Salíamos a volar los domingos, cuando hacía buen tiempo. Si

estaba enferma y había faltado a la escuela, mi padre me decía que me sentiría mejor o me pondría bien en cuanto aterrizásemos, y yo le creía. Me gustaba ver las aves acuáticas en los bancos de arena del río Missouri, el modo en el que volaban formando nubes y luego volvían a posarse cuando pasaba nuestra inmensa sombra.

Lo que me desgarras es la aterradora e inconsolable amargura de la vida. En un ámbito cercano, la veo en ciertos amigos y, sobre todo, en mi hermana, que considera su madurez como una prisión ártica pese a vivir en Tucson. Nunca ha sido muy de salir a la calle. Vive en una casa bonita, con el interior en tonos gris y blanco y la sierra de Santa Catalina detrás, pero no se ha dado un paseo por las montañas jamás. Pensé en ella ayer al amanecer, mientras caminaba por la playa. Alguien había pintado con espray la palabra AMENAZA en los bancos del parque Palisades y en las escaleras que bajan a la playa y, no sé cómo, también en un paso elevado. Dejé de contar cuando llevaba veinte. Afortunadamente, la mayoría de los lunáticos no tiene el vigor de Charles Manson. Me despertó interés alguien que se había pasado una noche entera escribiendo AMENAZA junto al océano Pacífico. A lo mejor ese vándalo era la otra cara de mi hermana. En cierto modo, me resulta un misterio que los ricos puedan llegar a sentirse tan extremadamente fatigados y victimizados. Mi hermana cruza sin cesar adelante y atrás la línea de lo que considera un presente soportable, y lo hace sin mostrar gravedad. Sin embargo, este mes de marzo, cuando mi madre y yo fuimos a visitarla en Pascua, me sorprendió. Le pregunté cómo se podía vivir de forma tan normal sin nombrar las cosas. En aquel momento, Ruth estaba

esperando la única copa que se permitía tomar al día, a las seis de la tarde.

—¿Por qué no aguantas seis días y te tomas siete copas el domingo? —le preguntó Naomi. Mi madre no se achanta ante ninguna de las formas que adopta la vida—. Podrías montarte una fiesta.

Pero mi hermana se quedó ahí sentada sin más, mirando el martini que alargaría para que le durase una hora, pensando en nombres como si tuviese en la punta de la lengua la frase que mi madre y yo sabíamos que nunca llegaría. Ruth se acercó al piano y tocó una pieza de Mozart adorada por mi madre, que sirvió además como señal para que yo me pusiera a preparar la cena.

—Hoy por hoy, los nombres son una carga para la gente —dijo mi madre—. A lo mejor siempre lo han sido. Háblame de tu último amigo.

—Michael trabaja en el Departamento de Historia de la Universidad de Stanford. Se enteró de la existencia de nuestros diarios hace años, y el otoño pasado me siguió el rastro desde Nebraska hasta que dio conmigo en Santa Mónica. Le sobran unos diez kilos y es un vanidoso. Tiende a sermonear a la gente, así que mientras cena es capaz de ponerse a hablar sobre la historia de la comida, o sobre la historia de la lluvia cuando empieza a llover. Es experto en todo lo horrible que haya pasado a lo largo de la historia universal. Es brillante sin ser muy consciente. Y es un mal amante, pero me gusta tenerlo cerca.

—Pues pinta fantástico. Siempre he preferido a los hombres un poco bobalicones. Cuando intentan ser hombres de película se ponen muy pesados. Yo tuve la aventurilla esa con el ornitólogo porque me gustaba cómo trepaba a los árboles,

vadeaba los arroyos y se metía a hacer fotos en los estanques que se usaban de bebederos...

Mi madre tiene sesenta y cinco años.

Pese a que no habíamos oído la música acabarse, Ruth estaba justo detrás de nosotras en la puerta de la cocina. El abuelo, que era medio sioux oglala, la llamaba Ave Tímida Que Sale Volando. Aunque sólo tiene una octava parte de sioux, Ruth había asumido ciertas cualidades de esos indios conforme había ido creciendo, una especie de quietud forzada por ella misma que la envolvía por completo.

—Creo que tienes razón con lo de los nombres. Pensad si no en «coche», «casa», «piano», «comida», «sacerdote». —Estábamos preparadas para la avalancha de palabras que llegaba al menos una vez al día cuando íbamos de visita—. Siempre hemos sido metodistas no practicantes, pero he conocido a un cura, y con él mantengo charlas sobre el amor y la muerte, el arte y Dios, que en cierto modo son todo nombres, creo yo. No es sacerdote en una iglesia, sino que trabaja con indios para una organización benéfica, y sé que en parte me ve como a una donante. Le encanta conducir el coche que Ted me regaló por Navidad.

Ted es el marido de Ruth, de quien se separó hace quince años, el padre de su hijo, un hombre que con veintiocho años descubrió que era definitivamente homosexual. Ruth nació cuatro años antes de que mi padre muriese en Corea. Así pues, había perdido a los dos hombres más importantes de su vida por singularidades de la historia y de la sexualidad. Ted y Ruth se conocieron en la Escuela de Música Eastman, donde los dos trataban de hacerse famosos, ella como pianista y él como compositor. En vez de eso, Ruth crió a un hijo que parece no preocuparse por su madre y que la culpa de haber perdido a



su padre. Con la distancia desde la que yo lo veo, el arte siempre me ha parecido algo brutal: las oportunidades de que el trabajo perdure son mucho menores que si el aspirante tratase de ser astronauta. Y los fracasos que conozco están plagados de un anhelo y una melancolía indefinibles, como un florecimiento atrofiado en su gestación misma a causa de una serie de razones evidentes.

Estaba estudiando una receta china sin hacerle caso a Ruth hasta que oí la palabra «novio». Fue como cuando de niña tocaba una valla eléctrica. Me giré y me di cuenta de que mi madre estaba igual de impactada, buscando nerviosa el tabaco que había abandonado hacía años.

—Sí, tengo novio. Amante. El único amante que he tenido en quince años. Es el cura. Muy agraciado no es, la verdad. Me contó incluso que se hizo sacerdote, entre otras cosas, por lo poco agraciado que era. Si los miras uno a uno, sus rasgos no están tan mal, pero en conjunto resulta feo. ¿Os acordáis de nuestro perro pastor, el chucho que teníamos cuando éramos pequeñas que se llamaba Sam? En fin, Ted me mandó unos pañuelos de París y luego, unos días después, un coche caro de un concesionario de la zona, a juego con los pañuelos. Yo había leído sobre una organización benéfica india y le pregunté por ella a mi vecino, el que lleva el periódico. Así que me monté en el coche, fui hasta allí y conocí al cura. Le di la documentación firmada y las llaves y le pedí que me llamara un taxi, pero insistió en traerme a casa. Le preparé té helado y le encantaron los cuadros y las láminas que Ted y yo habíamos ido coleccionando. Entonces me preguntó si me gustaría hacer una excursión a la reserva pápago al día siguiente. Me dijo que el cabeza de la diócesis pasaba unos días en Los Ángeles y que él nunca había conducido un coche tan maravilloso. Yo

no estaba segura y le conté que no conocía a indios de Arizona, pero que me había criado entre algunos sioux y les tenía miedo. Eso es porque el abuelo me decía que en realidad él era un fantasma que nunca había nacido y que nunca moriría, y yo no me daba cuenta de que a lo mejor estaba de broma. El cura me preguntó por qué iba a regalarle un coche nuevo de cuarenta mil dólares a una gente a la que tenía miedo. Le dije: «Porque sé leer». ¿Os acordáis de los libros de Edward Curtis<sup>1</sup> del abuelo? Teníamos que lavarnos las manos antes de mirarlos. Así que a la mañana siguiente preparé una cesta de pícnic y el cura vino a recogerme. Era de cerca de Indianápolis y había crecido enamorado de los coches rápidos, como debe de ocurrirles a todos los niños de por allí. Me parece todo un misterio cómo alguien puede sentir tanta emoción por un coche. Fuimos por el camino largo: bajamos hacia Nogales y luego cruzamos la carretera del cañón del Arivaca, a través de las montañas Tumacacori. Es una carretera de tierra estrecha con muchas curvas, y a mi cura le encantó el viaje, aunque me pareció que conducía de manera un tanto alarmante. No habría pasado nada de no haber sido por una tormenta breve y repentina. La arcilla del camino se hizo mantequilla y nos quedamos atrapados en la enorme pendiente de una carretera de montaña. Me dijo que estaríamos bien en cuanto todo se secara, así que hicimos el pícnic en el coche y nos tomamos una botella de vino blanco. Luego dejó de llover y salió el sol, hacía calor y volvió a despejarse. Salí del coche, trepé por una valla y bajé andando un monte hasta un estanque con agua de manantial. Ya sabéis que no me entusiasma

<sup>1</sup> Edward Sheriff Curtis (1868-1952) fue un fotógrafo estadounidense cuya carrera se basó principalmente en registrar la vida de las tribus indias. Sus retratos de los grandes jefes indios le otorgaron fama y notoriedad. (Todas las notas al pie son de la traductora).

mucho la naturaleza, así que aquello fue toda una aventura. El cura estaba asustado porque había reses bajo los pinos, cerca del estanque, un toro entre ellas, pero yo le dije que los toros hereford no son peligrosos y se vino conmigo. Me explicó que la carretera tardaría una hora en secarse. Me quité los zapatos y vadeé el estanque para lavarme la cara en el manantial. Me notaba increíblemente excitada, sin un motivo en concreto. Quizá lo que sentía era deseo y no quería admitirlo. Pero no lo creo. Seguramente era sólo que estaba haciendo algo distinto. Entonces el cura me dijo que debía darme un baño, que él tenía cuatro hermanas y la desnudez no le importunaba en absoluto. Así que me quité la falda y la blusa y me sumergí en el agua con el sujetador y las bragas. Él se desvistió hasta quedarse en calzoncillos y me siguió. Era un sitio perfecto para nadar, aunque el cura estaba muy nervioso. Le dije que Dios andaba ocupado con las salas de oncología, con África y América Central, y que no lo estaba mirando. Salí a ponerme al sol sobre una roca caliente, pero él se quedó en el agua. Al final dijo: «Creo que tengo una erección». Yo le respondí que no podía quedarse dentro del agua el resto de su vida, y me contestó que no mirase, y salió del agua y se sentó a mi lado con ojos fijos al frente. Pensé que no iba a dejarlo escapar, así que me levanté y me quité el sujetador y las bragas y los puse a secar en un arbusto. Entonces le dije bastante seria que se tumbara en la hierba bocarriba y cerrara los ojos si quería. Le temblaba todo, tanto que creí que se iba a descuajeringar como un coche viejo. Y le hice el amor.

Ruth empezó a reírse, y luego a llorar y a reírse al mismo tiempo. Nos abrazamos y la acariciamos, alabándola por haber roto su sequía de afecto de esa manera tan única.

—Una historia espléndida —afirmó Naomi.